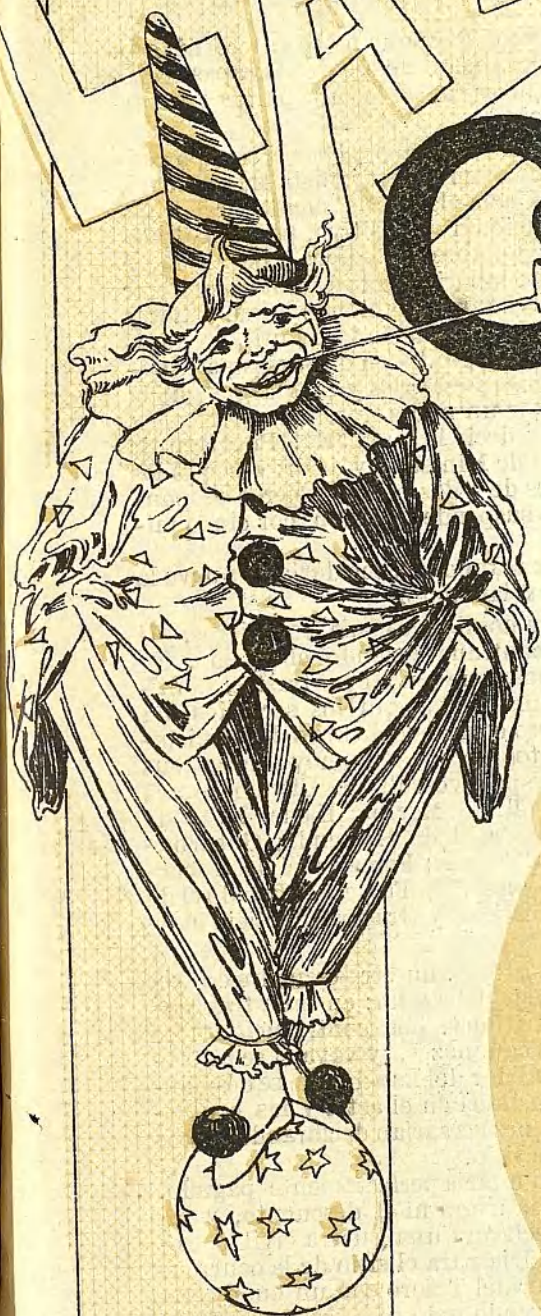


LA SEMANA Cómica

Director: J. Fernández de la Reguera



15 céntimos

A. Figueas



NUESTRAS TIPLES, por Renau



ADRIANA CORONA

Ayuntamiento de Madrid

EL PAÍS DE LOS VICEVERSAS

Uno de los hombres más eminentes de nuestra patria halló en una sacristía un curiosísimo libro de *Táctica militar*, y exclamó: «Si alguna vez necesito buscar textos de Teología, iré desde luego á un cuerpo de guardia.»

Tenía muchísima razón, como la tuvo el que dijo que España era el país de los viceversas.

Aquí todo el mundo se dedica á aquello para lo que menos sirve, y sucede todo lo contrario de lo que debe suceder.

Narváez, jefe del partido moderado, tenía todas las condiciones de un caudillo liberal; y en cambio, Prim, ídolo de los liberales, era autócrata por temperamento.

Aquí los más soberbios son los que predicán á diario la mansedumbre, y los más inofensivos los que á primera vista parece que á los chicos y á los grandes se los van á comer... *al natural*.

Conozco á un jorobado que luce un terno ceñido presumiendo de buenas formas, y á una mujer, que sin duda alguna debe tenerlas, y se empeña, usando unas túnicas largas, muy largas, y cerradas, muy cerradas, más dignas de un presbítero que de una hermosa, en que se la confunda á cualquier hora con un saco de garbanzos.

¿Buscáis la riqueza? Pues si no está en las alturas, á donde de seguro iréis á buscarla, acaso encontréis en tabernas, vistiendo la librea corta de la gente flamenca, al herebero opulentísimo llamado á influir con sus millones en la suerte de nuestro pobre país.

¿Queréis ciencia? Pues no está siempre en la cátedra. Allí se encarama á veces el más influente, pero no el más sabio.

Si es necesario hacer una heroicidad, no esperéis en el momento crítico ver destacarse de la multitud ningún bravucón de oficio; esperadlo todo del montón anónimo de los ciudadanos pacíficos.

En fin; que los frenos están trocados. En la estación del Norte ví anoche en *vagón-lit* á un infeliz que no tiene una peseta, y en un modesto asiento de tercera clase á un millonario efectivo; y como en esta deliciosa tierra hasta lo más absurdo resulta verosímil, he llegado á creermelo que los ricos se pasan la vida pidiendo limosna, y los pobres nos entretenemos en darla.

Los socialistas tienen razón en parte. Hay que volver en España lo de dentro á fuera. Porque resulta que estamos viviendo del *revés*. Las últimas capas sociales hay que levantarlas del suelo y ponérmolas sobre los hombros. Así soportaremos equitativamente las cargas públicas. Sobre todo en tiempo

de invierno. (Pero que no se entere ningún hacendista liberal de eso de las capas sociales, porque es capaz de empeñarlas para salir del paso.)

Si yo fuera rey, no perdería el tiempo convirtiéndome en protagonista de zarzuela, sino que haría algo fundamental, reformista, revolucionario, positivo, pero no al modo de los hombres prácticos que ahora se usan, cuya laboriosidad se limita á renegar de los charlatanes, hablando horas y horas por los codos, y á defender lo útil, lo necesario y lo urgente en discursos perfectamente ociosos, estériles y más largos que la voluntad de un pobre.

Os voy á decir lo que haría. Pues reunir el Consejo de Ministros y decir: «Acepto las dimisiones de todos mis consejeros responsables. Se suspende la sesión por cinco minutos.»

Una vez reanudada, me daría de nuevo la palabra, exclamando:

«Quedáis nombrados mis consejeros. El Gabinete continuará siendo el mismo. No he hecho más que mudar los trastos. Continuarán como hasta aquí los servicios del Estado; pero corriendo á cargo de Ministerios distintos de los que hoy llevan sus nombres respectivos. El de Ultramar será desde hoy el de Marina; Hacienda el de Guerra; Guerra el de Hacienda; Gobernación el de Ultramar; Fomento el de Gobernación; Marina el de Fomento; Estado el de Gracia y Justicia, y Gracia y Justicia el de Estado.»

Por este sistema, nuestra escuadra estaría siempre donde debe estar: en nuestras posesiones marítimas. Las contribuciones se cobrarían á cañonazos, ¡y vaya si se cobrarían! Al acreedor del Estado que se desmandara se le fusilaba en el acto, y las ocultaciones de riqueza cesarían declarando el país en estado de sitio.

El ejército estaría perfectamente pagado, sin conocer la usura ni el descuento, y en cuanto se declarara una guerra civil ó extranjera, saldría para el sitio de la ocurrencia el director del Tesoro con un buen convoy, concluyendo todo en seguida sin tener que lamentar desgracias personales.

El de Ultramar trataría al país desde Gobernación como á un negro, y siendo el Ministerio de los *ingenios*, que le vinieran los políticos con ingeniosidades. A latigazo limpio, de seguro se vigorizaba el cuerpo electoral.

Gobernación mejoraría en Fomento la enseñanza, abriendo cátedras de gramática

parda, ya que no podía practicar sus reglas en las elecciones.

Pasando á Marina, Fomento lograría por fin en un instante el tan ansiado fomento de la Marina.

Para el exterior, nada más oportuno que la Justicia, que oficialmente no nos falta, y la Gracia, que en verdad nos sobra.

Y á la diplomacia le reserváramos la alta misión de realizar el Derecho. De este modo, cuando ocurriera un crimen, se pondría el

hecho en conocimiento de las potencias extranjeras; con mucha reserva, mucho misterio y mucho secreto se cambiarían notas, se celebrarían conferencias y hasta congresos; y así y todo, la instrucción de los sumarios sería más rápida y más eficaz que hoy.

Me parece que nadie dudará de que mi proyecto haría la felicidad del país.

Es decir, del país de los viceversas.

JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO.

MONÓLOGO

—Las doce. ¡A trabajar! Ahora que todo es calma y es silencio, y en medio de la noche nada turba la callada labor del pensamiento, ¡a luchar por la vida miserable antes de que á vencerme venga el sueño! El café... Bien. Sin esto no podría cojer la pluma ni escribir un verso. ¡Venga el humeante moka! Cada sorbo me despereza los dormidos nervios, y les da esa tensión vibrante y fuerte de las cuerdas del dulce *violoncello*, que hace que al menor roce se estremezcan llenando el aire de armoniosos ecos. Y es que, así como el músico domina las clavijas del docil instrumento, parece que el café, licor del arte, aprieta las clavijas del cerebro. ¡Otro sorbo y empiezo la tarea!... Lo que decía yo: ya estoy sintiendo correr la sangre en las hinchadas venas y bullir las ideas aquí dentro. Otro sorbo... ¡Qué aroma! ¡Y otro! El moka es la décima musa por lo menos. Yo, en teniendo café, rom y tabaco, después de cenar bien, ya estoy contento; ¡y ya pueden á mi darme trabajo, y ya pueden á mi pedirme versos, si en todas mis orgías de poeta tuviera yo siempre esto!... ¡Y qué hermosas orgías! ¡Con qué gusto las blancas hojas del papel contemplo, como album misterioso que me espera para que esconda en él todos mis sueños acaso con mis lágrimas regados, en girones de mi alma acaso envueltos! ¡Quién sabe, hojas de nieve, si mañana llenas de pensamientos guardareis entre letras desiguales y tachas grandes y borrones negros, algo que para mí sea más tarde esa canción de gloria que yo espero!... ¡Malditos editores! Y uno... ¡claro! no tiene más remedio que venderles el alma por dos cuartos, para comprar algo de pan con ellos. ¡Un cuento pornográfico! Así mismo me hizo el encargo el editor riendo, con esa misma risa dulce y placida con que hace una buena obra un hombre bueno... ¡A pensar! ¡qué demonio! Al fin y al cabo es pan para mis hijos lo que pienso, y es pan para mañana que hará falta...

Pensemos el asunto lo primero...

Y me asfixia esta atmósfera caldeada... Abriré ese balcón y que entre el viento... ¡Qué hermosa está la noche! Me recuerdan estas noches azules, aquel tiempo en que buscando inspiraciones puras, ya me bastaba á mi para hacer versos ó con mirar á dentro de mi alma ó fuera de ella, con mirar al cielo, y no tenía que cazar ideas con los sacudimientos de los nervios, ¡y no tenía que tomar brebajes, y no tenía que beber veneno! ¡Entonces no creía yo que nunca tuviese que vender aquellos versos, para comprar un pan con la limosna que, como de limosna, dan por ellos!... Y ahora que hablo de pan... Se hace de día y tengo aún por empezar aquello.

Y es que para pensar un buen asunto, yo necesitaría lo primero, pensar en escribirlo, y en seguida, olvidarme de todo lo que pienso... En fin: vamos al cuento pornográfico. ¡Qué le vamos á hacer, si no hay remedio! Al asunto... ¡Bien! ¡Ahora que empezaba, se le ocurre llorar al pequeñuelo! Voy á mecerle un poco, á ver si calla, y en cuanto deje de llorar, empiezo.

Ya está dormido. ¡A ver la niña! ¡Tiene la cara de los ángeles del cielo! ¡Pobres hijos de mi alma! ¡Si supieran todo lo que los quiero! ¡Si supierais lo que hace por vosotros vuestro padre!... ¡Bah! No; no sabrán eso. ¡Y si algún día lo que escribo ahora cayera en manos de ellos y supieran que yo, su padre...? ¡Nunca! Y aún cuando lo leyera sin saberlo!... ¡Y hay tantos inocentes en las cunas á los que quieren como adoro á estos!... No; si no tienen pan, hijos de mi alma, ya pediré limosna antes por ellos.

¡Qué hago aquí! Pues... besarlos. Si: si llaman... Del editor? Que pase. ¡Si está aquello!... ¡Que qué le dirá usted? Pues bien; le dice que me ha encontrado aquí dándole besos á mis hijos, y estoy tan ocupado, que aunque quisiera hacerlo ¡ya no puedo!

MARCIAL DE LOS RÍOS.

SE CORTA Y RIZA, por Melitón González

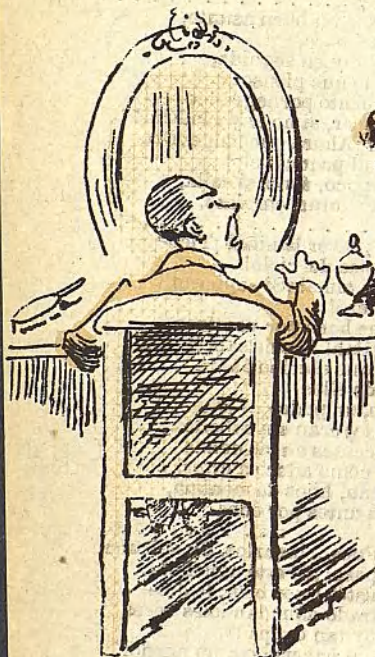
Ricurosamente histórico.



—¿Con que usted corta el pelo y lo riza?
—Sí, señor.
—Pues andando.



—¿Cómo lo quiere Vd.? ¡al rape!
—Al rape, sí, señor.

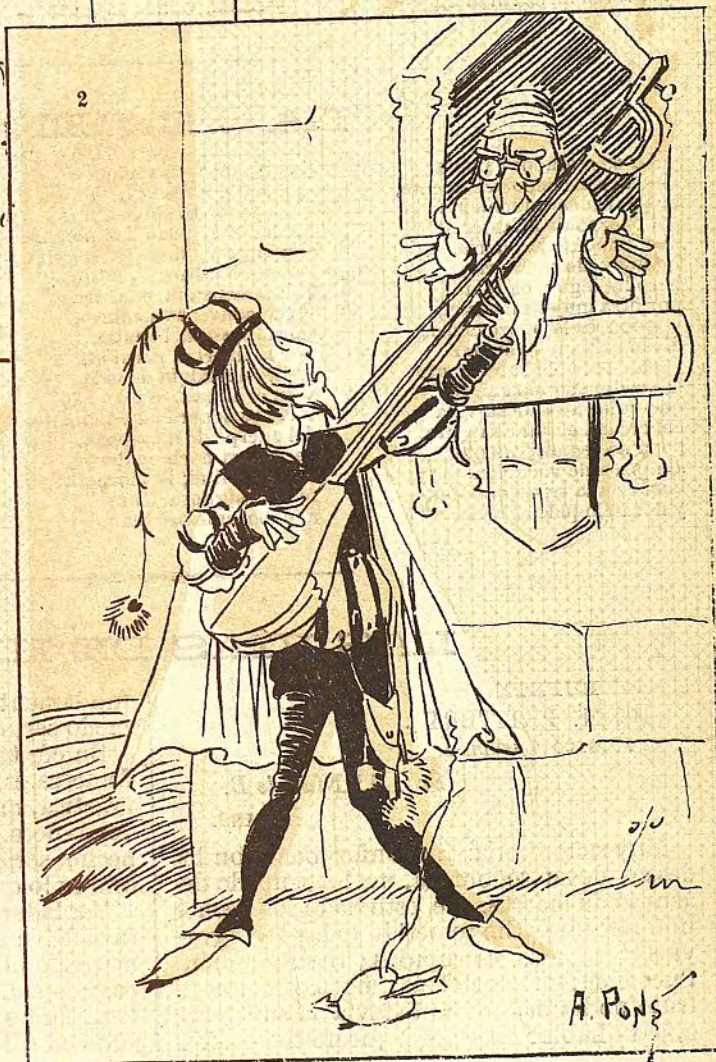
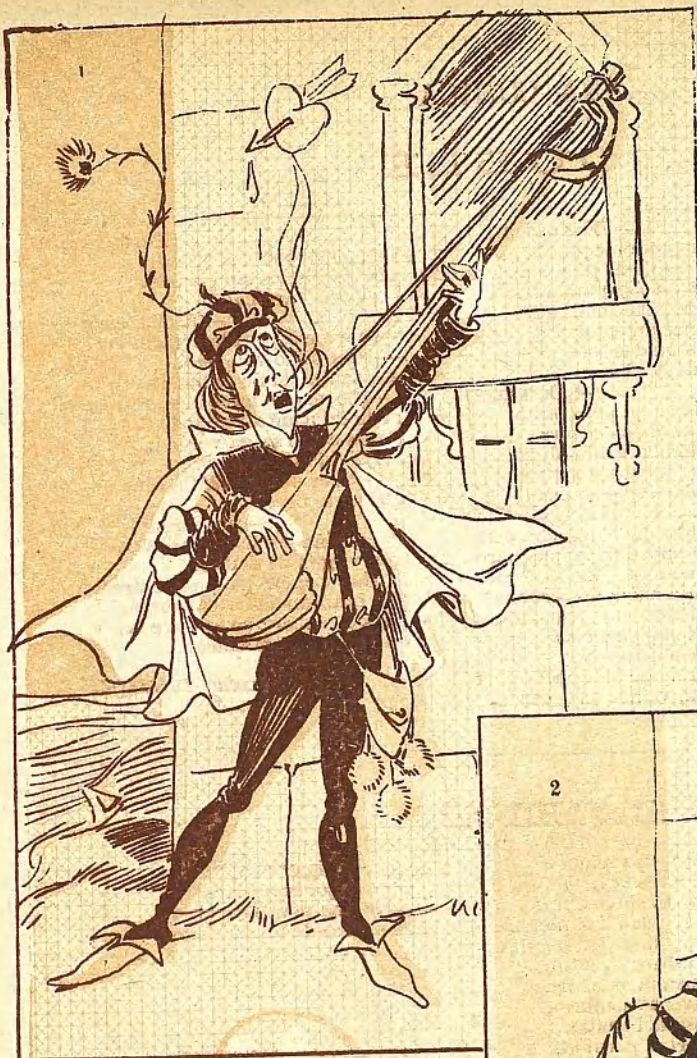


—Bueno; ya está Vd. servido.
—No señor; falta lo segundo.
—¿Cómo lo segundo?

—Sí señor; aquí dice: «Se corta y riza el pelo.» Usted me lo ha cortado; bien. Pues ahora ricémo-
lo Vd.



UNA SERENATA. por Pons



¡DE DOUBLÉ!

(Personajes: Trinidad y su madre doña Lina, paradas en una esquina junto al Monte de Piedad.)

—¡Anda, niña, sube ya! ¡Jesús, y qué calma tienes! ¿No ves que si te entretienes no va a haber tiempo?

—¡Mamá, qué vergüenza!... ¡Yo no quiero! —Pero, hija, ¡si la Manuela no puede ir a la plazuela si no la llevo dinero!...

—¿Te parece eso bonito? ¡Digo! Y hoy precisamente, que come tu pretendiente con nosotras. ¡Tu Pepito! —¿Para qué le has convidado a comer?

—Pues, para hablar. Yo necesito indagar qué es lo que tiene pensado. Quiero hablarle de la boda, y a ver si de esa manera

se deja caer.

—¡Dios quiera! ¿Y si luego se incomoda? —No importa. ¿O te has figurado que por ver a un majadero voy a gastarme el dinero en ponerle un estofado? —Para estofados está la Magdalena!...

—(¡Dios mío!) —Gracias a que yo confío en que, al fin, se casará. No tengo ni medio duro; pero, nada, eso no quita, ¡Santa Bárbara bendita me sacará del apuro, y aunque me da mucha pena hay que empuñarla ó me pierdo!... ¡Y eso que nunca me acuerdo de la santa hasta que truena! (Y diciendo esto, asustada guarda debajo del *chal* una virgen de metal completamente dorada.)

—Anda, vamos en seguida.

—¡Me da vergüenza!...

—¡Eso es tonto! Como no subamos pronto, nos quedamos sin comida. ¡Vamos arriba!

—(¡Qué escena!)

—Que me espera la criada.

—¡Pero si no vale nada esa santa! ¡si no es buena!

—¿Cómo que no es buena? ¡Hereje! ¡Y la fe! ¡Qué atrocidad! (Pues como salga verdad, me dividen por el eje.)

—¡Si es de *doublé*! Crea usted que no es oro.

—¡Jesucristo! Pero, niña ¿en dónde has visto una virgen de *doublé*?

—¡Una virgen! ¡Ay, qué chical! ¡Tu ignorancia es asombrosa! ¡Has de saber que eso es cosa que nunca se falsifica!

FIACRO YRAYZOZ.

LA TENIENTA

La encantadora Lucía, chica en extremo vehemente, era novia de un teniente del cuerpo de infantería; si el teniente la quería, no lo pudo asegurar, pero la llegó a olvidar por otra mujer más rica, y entonces la pobre chica, dicen que sufrió *la mar*.

Tan horrible sufrimiento la produjo aquella herida, que quiso acabar su vida encerrada en un convento; llena de remordimiento, sin pizca de vocación, busca en la triste oración, y llorando pide al cielo,

ese bendito consuelo que llaman resignación.

El tiempo todo lo cura: Lucía olvidó hasta el nombre del militar, ¡de aquél hombre en quien cifró su ventura! ¡Ya la cansa la clausura de su convento sombrío, llora, presa del hastío, por la libertad perdida, siente nostalgia de vida, y en el alma... mucho frío!

No se acuerda del teniente del cuerpo de infantería, pero llora noche y día su esclavitud; la inocente fragua sigilosamente al cabo siniestro plan,

y por mitigar su afán para mejor consolarse, logra una noche fugarse en brazos de un sacristán.

.....
Lucía vive dichosa, porque ya es teniente cura su sacristán; por ventura la chica no es ambiciosa. Si no pudo ser esposa del tuno de infantería, con otro teniente hoy día pasa la vida contenta... y al fin y al cabo es tenienta ¡la misma categoría!

José BRISSA.

LAS VÍAS DE HECHO

BUFETE
DE M. PETITBRY
ABOGADO CONSULTOR

Sra. D.^a Nina de B.
MOLINS.

Muy señora mía: En conformidad con los deseos de su señora tía, me he ocupado del asunto de marras. He estudiado los hechos uno por uno y he sometido todos los agravios a la más escrupulosa investigación. Pues bien; en conciencia, me parece que el fruto no ha madurado todavía lo suficiente ó, para hablar más claro, que no tiene usted

fundamento bastante para entablar de un modo serio una demanda de divorcio.

En efecto: no hay que olvidar que la ley francesa es, en este punto, una señora muy práctica, que no tiene delicadeza ni conoce de matices. No conoce más que el hecho: el hecho serio, brutal. Y, desgraciadamente, esto es lo que nos falta.

Verdaderamente, me ha conmovido la lectura de la narración de ese primer año de matrimonio tan penoso para Vd. ¡Bien ha pagado Vd. la gloria de casarse con un artista famoso, en quien el renombre y la adulación desarrollan un monstruoso egois-

mo; uno de esos hombres que han de vivir solos, só pena de destruir la delicada y tímida existencia que intenta unírseles!.. ¡Ah, señora! desde el principio de mi carrera, ¡cuántas desgraciadas esposas he visto en la triste situación en que Vd. se encuentra! Esos artistas que viven del público y sólo para el público, no aportan al hogar doméstico más que la fatiga de su gloria ó la tristeza de sus decepciones.

Una existencia desarreglada, sin brújula ni timón; ideas subversivas, contrarias á las convenciones sociales; el desprecio á la familia y á sus alegrías, la excitación cerebral producida por el abuso del tabaco, de los licores fuertes, sin hablar de otras cosas... He aquí lo que constituye ese terrible elemento artístico al cual su cariñosa tía desea sustraer á Vd.

Pero, lo repito: á pesar de comprender sus inquietudes y hasta sus remordimientos por haber consentido en tal matrimonio, creo que las cosas no han llegado á su sazón para pedir lo que Vd. desea.

Sin embargo; he empezado ya un proyecto de demanda, en el que los principales agravios están agrupados con bastante habilidad. He aquí el plan de mi obra:

1.º *Groserías del marido hacia la familia de su esposa.*—No haber querido recibir á nuestra tía de Molins que nos ha educado y que nos adora.—Apodos tales como los de Tarta-Babosa Hada-Jorabita y otros, aplicados á esta venerable señorita, cuya espina dorsal es algo encorvada.—Bromas, epigramas, dibujos al lápiz y á la pluma sobre la susodicha y su deformidad.

2.º *Insociabilidad.*—Oposición á recibir á los amigos de la señora, á hacer visitas de novios, á enviar tarjetas, á contestar á las invitaciones, etc., etc.

3.º *Dilapidación.*—Dinero prestado, sin recibo, á toda clase de bohemios.—Mesa siempre puesta; casa transformada en hospedería.—Suscripciones continuas para estatuas, tómbolas, obras de colegas desgraciados, etc., etc. ¡¡¡Fundación de una revista artístico-literaria!!!

4.º *Groserías hacia la señora.*—Haber dicho en voz alta y hablando de nosotros: «¡Qué pava!»

5.º *Sevicias y violencias.*—Excesiva brutalidad del marido.—Enfurecimientos súbitos por el pretexto más fútil; destrucción de vajilla y muebles.—Ruido, escándalos, palabras mal sonantes.

Todo esto, como puede V. ver, constituye un cúmulo de acusaciones bastante respetable, pero insuficiente. Nos faltan *las vías de hecho.*

¡Ah! si tuviéramos siquiera una vía de

hecho ante testigos, nuestro asunto sería magnífico. Pero mala ocasión es esta, cuando precisamente ha puesto Vd. cincuenta leguas de por medio entre su persona y la de su marido, para esperar un acontecimiento de esta naturaleza. Digo «esperar», porque dada nuestra situación, una brutalidad de este hombre habría sido lo mejor que podía esperar Vd.

En espera de sus órdenes se ofrece de Vd. atto. s. s. q. s. p. b.,

PETITBRY.

P. S.—La brutalidad ha de ser ante testigos; entiéndase bien.

Sr. Petitbry.

¡Ah! ¿con que así estamos? ¡He aquí lo que han hecho sus leyes de Vd. de la antigua caballería francesa!... ¿De modo que, cuando á veces basta una mala inteligencia para separar eternamente dos corazones, sus tribunales de Vd. necesitan actos de violencia material para motivar la separación?

¿No es esto indigno, injusto, bárbaro, irritante?... Pensar que para recobrar la libertad mi pobre sobrina se verá obligada á ir á entregar su cuello al verdugo; á librarse al furor al monstruo, y hasta á provocarlo... Pero no importa; nuestra determinación está tomada. ¿Hacen falta *las vías de hecho*? Pues bien: las tendremos. Desde mañana, Nina vuelve á París. ¿Qué acogida tendrá? ¿Qué va á pasar allí? No me atrevo á pensarlo sin estremecerme. Ante esta idea tiembla mi mano, mis ojos se humedecen... ¡Ah, caballero! ¡Ah, señor Petitbry!... ¡Ah!

LA INFORTUNADA TÍA DE NINA.

BUFETE

DEL SEÑOR MARESTANG

Abogado de los Tribunales del Sena

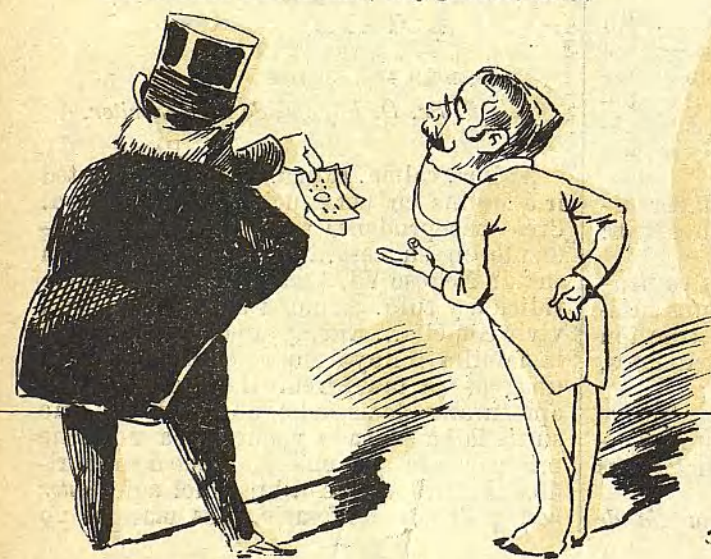
Sr. D. Enrique de B.—Escritor.

PARIS.

¡Calma, calma, calma! Le prohibo á usted ir á Molins en persecución de la fugitiva. Creo más prudente aguardarla tranquilamente en su casa... ¿Qué ha pasado, en suma? Negóse Vd. á recibir á esa solterona ridícula y ruin. Su mujer de Vd. se ha ido á vivir con ella... Era de esperar. El amor á la familia influye mucho en el corazón de una casada tan joven. Ha querido usted apresurarse demasiado; no olvide Vd. que su tía la ha educado y que Nina no tiene más pariente que ella... «Tiene á su marido», me dirá Vd. ¡Ah, hijo mío! aquí, *inter nos*, podemos confesarlo. Los maridos no



Y se hicieron unos carteles, muy grandes, eso sí;



—Dos que son cuatro. Cuatro mil. Estos para mi. Cuatro y dos seis. Seis mil. Estos para repartir entre ustedes... Y buen provecho.

— DIA 24. —
Serenata por la Banda Municipal
— DIA 25. —
Banda Municipal - Serenata
— DIA 26. —
Serenata por la Banda del Mu-
nicipio.

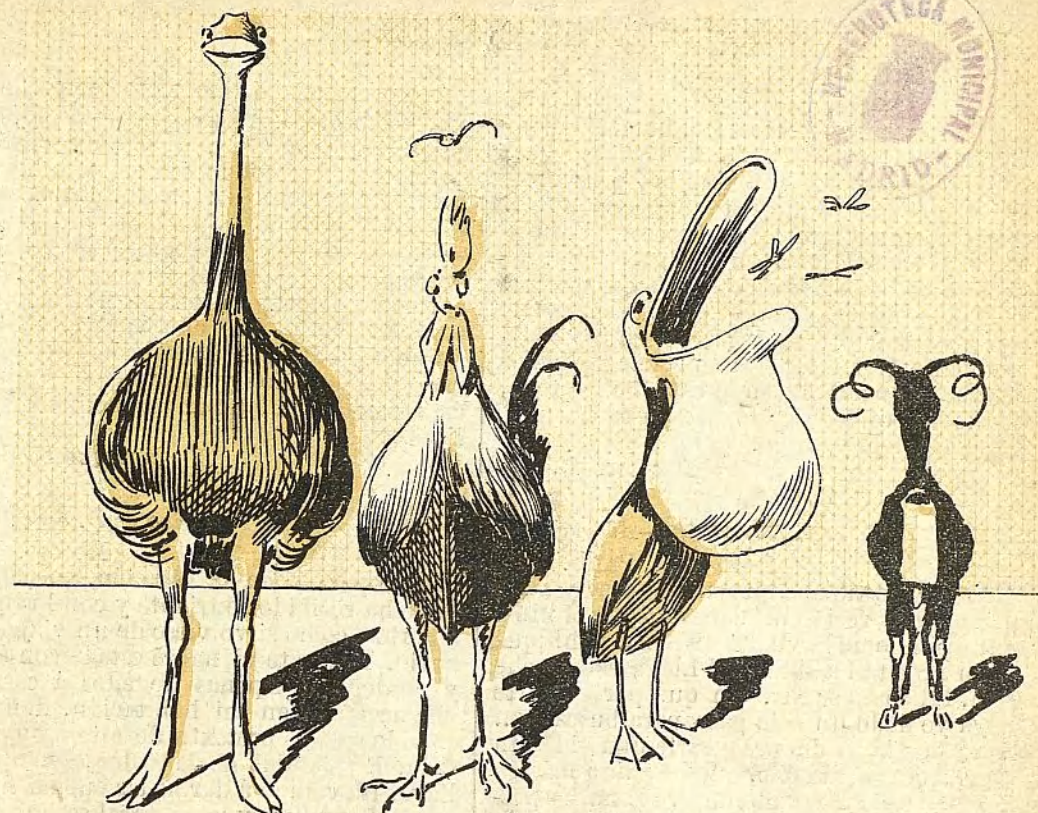
pero en los cuales predominaba una variedad en-
cantadora.



Y se adornaron las calles con unas banderitas.....
que para sí las quisieran los vecinos de Torredemba-
rra.



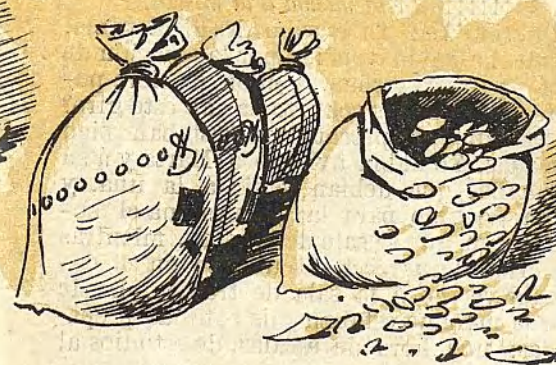
Todo lo cual no quiere decir que no haya habido seres á
quienes hayan gustado los festejos de la Merced.



Y se inauguró una sección de fieras... tan fieras como puede verse.



Lo que valen.

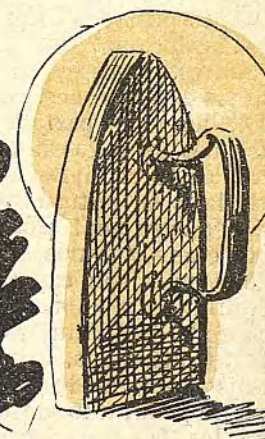


Lo que cuestan.

TESORO
MUNICIPAL



Las consecuencias.



El resultado.

siempre son complacientes. Uno conozco, sobre todo, que á pesar de su buen corazón, es de una nervosidad, de una violencia... Comprendo que el trabajo, las preocupaciones artísticas influyen mucho en esto... Todo se reduce á que el pájaro se ha asustado y ha vuelto á su antigua jaula. No tema Vd.: no estará en ella mucho tiempo. O mucho me engaño, ó esa parisiense de ayer, se aburrirá muy pronto en ese añejo ambiente y no tardará en echar de menos las turbulencias de su poeta. Sobre todo, no dé Vd. un solo paso para buscarla.

Suyo, viejo y affmo. amigo,

MARESTANG.

Sr. Marestang.—Abogado.

PARIS.

Al mismo tiempo que su amistosa y razonada carta, recibí un telegrama de Molins, anunciándome la vuelta de Nina. ¡Ah! ¡qué buen profeta ha sido Vd.! Llega esta noche sola, tal como se fué, sin que por mi parte haya yo dado un solo paso para buscarla... Se trata ahora de procurarle una vida tan dulce, tan agradable, que no caiga más en la tentación de abandonarla. He hecho provisión de ternura y de paciencia durante esta ausencia de ocho días. No hay más que un punto sobre el cual no he variado: no quiero volver á ver en mi casa á esa horrible Tata Babosa, ese sargento de carabinieri, que me dió á su sobrina únicamente con la esperanza de que mi humilde celebridad serviría de fundamento á la suya... No olvide Vd., mi querido Marestang, que desde mi casamiento, esa maldita vieja se ha interpuesto siempre entre mi mujer y yo, colocando su joroba ante nuestros placeres, nuestras fiestas, en el teatro, en las exposiciones, en sociedad, en el campo... ¡en todas partes! ¿Le extraña á usted, después de todo esto, que haya yo obrado con cierta precipitación al despedirla y enviarla á su antigua residencia de Molins? ¡Oh, amigo mío! ¡Nadie sabe los estragos que esas solteronas suspicaces é ignorantes de la vida son capaces de causar en una familia! Esta había imbuido en la hermosa cabecita de mi mujer una colección de ideas falsas, atrasadas, absurdas... un sentimentalismo anticuado y cargante. Para ella era yo un poeta, uno de esos poetas que se ven en los frontispicios de los monumentos, coronados de laureles, la lira apoyada en la cadera, el amplio manto agitado por el viento que desciende de la montaña. He aquí el casamiento que hizo entrever á su sobrina, y comprenderá Vd. si mi pobre Nina ha debido quedar desilusionada.

Por lo demás, convengo en que he obrado con bastante ligereza con esta adorable chiquilla. Como Vd. dice muy bien, he querido ir demasiado aprisa, y la he asustado. Falseada su educación, un poco rigida, por el convento y por los sentimentales sueños de su tía, tocábame á mí rehacerla dulcemente, dejando al aroma provinciano el tiempo de evaporarse. En fin, todo tiene arreglo, puesto que ella vuelve. ¡Vuelve, mi querido amigo! Esta noche iré á esperarla á la estación y entraremos en nuestra casa asidos del brazo, reconciliados y felices.

ENRIQUE DE B.

Nina de B. á su tía.

MOLINS.

Me esperaba en la estación, querida tía, y me ha recibido sonriente y con los brazos abiertos, como si volviese de un viaje ordinario. Figúrate si habré estado con él fría y desdenosa. Apenas llegados á casa, me he encerrado en mi habitación, donde he comido sola só pretexto de estar muy cansada. En seguida he dado doble vuelta á la llave. Ha venido á darme las buenas noches por la cerradura y ¡cosa rara! se ha alejado paso á paso, sin cólera ni insistencia. Esta mañana he visitado al señor de Petitbry, que me ha dado largas instrucciones sobre el modo como debía preparar la escena, la hora, el sitio, los testigos... ¡Ah, querida tía! ¡Si supieses el miedo se va apoderando de mí á medida que se acerca la hora solemne! ¡Son tan terribles sus arrebatos de cólera! Hasta cuando, como ayer, se muestra dulce y sumiso, hay en sus ojos rayos de tormenta... En fin, tendré valor pensando en tí, querida tía... Además, como me ha dicho el señor Petitbry, todo ello es solo cuestión de pasar un mal rato; después volveremos tú y yo á nuestra antigua vida, tranquila y feliz.

NINA DE B.

De la misma á la misma.

Querida tía: Te escribo desde la cama, donde he caído vencida por la emoción de esta espantosa escena. ¿Quién hubiera podido creer que las cosas tomarían este giro? Y eso que mis precauciones estaban bien tomadas. Yo había avisado á Marta y á su hermana, que debían venir á la una, y tenía escogido para la gran escena el momento en que se sale de la mesa, mientras los criados guardan el cubierto en el comedor vecino á la sala de trabajo. Desde por la mañana estaban mis baterías preparadas: una hora de escalas, de estudios al

piano... *Las campanas del monasterio, El despertar de los bosques...* todo el repertorio de piezas que sé que él detesta. Esto no le había impedido trabajar sin la más mínima irritación. Durante el desayuno, igual paciencia. Un desayuno horrible; sin embargo, lleno de platos azucarados que él no puede sufrir. ¡Y si hubieras visto mi *toilette*! Un cuerpo con esclavina que tiene lo menos cinco años de fecha, una falda de seda negra, los cabellos desordenados... ¡Estaba horrible! Buscaba yo en su frente signos de irritación; ese pliegue vertical tan conocido que asoma entre sus cejas á la menor contrariedad. Pues bien, nada absolutamente nada; empiezo á creer que me han cambiado á mi marido. Al cabo, me ha dicho con tono calmoso, aunque un poco triste:

—¡Toma! Has vuelto á usar tu antiguo peinado...

—Sí, contesté apenas, no queriendo dar lugar á nada antes de la llegada de los testigos. Y además, ¡vergüenza me da decirlo! porque me sentía emocionada, sobrecojida por la escena que preparaba. Por fin, ante algunas contestaciones un poco más hoscas de mi parte, dejó la mesa y se retiró á su cuarto. Yo le seguí, agitada y temblorosa. Oía á mis amigos instalarse en el pequeño saloncito de al lado, y Pedro, que iba y venía, arreglaba la vajilla.

El momento había llegado. Era preciso obligarle á recurrir á las grandes violencias y esto me parecía fácil después de cuanto había dicho desde por la mañana para irritarle.

Al entrar en su cuarto, debía yo estar muy pálida. Me sentía en la cueva del león. Un pensamiento me acudió entonces. ¡Si me matase! No tenía su aire, sin embargo, nada de terrible, tendido como estaba en su diván, con el cigarro en la boca...

—¿Es que le estorbo á Vd.? pregunté con el tono más irónico que pude adoptar.

Y él, tranquilamente:

—No, me contestó. Ya ves... ¡no trabajo! Yo, siempre agresiva:

—¡Ah vamos! Vd., por lo que se ve, no trabaja nunca.

El, siempre dulce:

—Te equivocas, hija mía. Trabajo mucho, por el contrario. Solo que nuestra labor es de las que no pueden hacerse sin tener algún útil en la mano.

Yo:

—¿Y qué es lo que hace Vd. ahora? ¡Ah, sí! ya sé: su comedia en verso, siempre la misma desde hace dos años. ¿Sabe Vd. que es una dicha que su mujer le haya aportado algún capital? Esto le permite á Vd. gaudular á su antojo.

Creí que iba á saltar. Nada de eso. Se acercó á mí y me cogió una mano con suavidad.

—Dime, Nina. ¿Es que vamos á estar siempre lo mismo? ¿Vamos, pues, á empezar nuestra vida de reyertas? Entonces ¿por qué has vuelto?

Recuerdo que me sentí un poco conmovida ante aquel tono afectuoso y triste; pero he pensado en ti, mi pobre tía, en tu destierro, en todos sus yerros, y esto me ha infundido valor. He buscado lo que podía decirle de más amargo, de más agresivo. ¡Ni yo misma sé lo que le he dicho! Que estaba arrepentida de haberme casado con un artista; que en Molins, todo el mundo me tenía lástima; que había encontrado á mis amigas casadas con magistrados, con hombres serios, influyentes, de buena posición, en tanto que él... Y menos mal si ganase dinero. Pero no... El trabajaba por la gloria... ¡Y por qué gloria! En Molins nadie le conocía... En París le silbaban las obras... Sus libros no se vendían... Y patantín... y patantán... La cabeza se me iba de tantas malas frases como me acudían á ella á medida que iba exaltándome. El me miraba sin contestarme, con una cólera fría. Naturalmente, esta frialdad me exasperó todavía mas. Estaba de tal manera excitada, que ni yo misma reconocía ya mi voz, subida á un diapason extraordinario, y las últimas palabras que le grité—yo no sé que epigrama injusto y loco—zumbaron en mis conturbados oídos. Por un momento creí que el señor Petitbry tenía ya su *vía de hecho*. Trémulo, con los dientes apretados, Enrique había dado dos pasos hacia mí.

—¡Señora!...

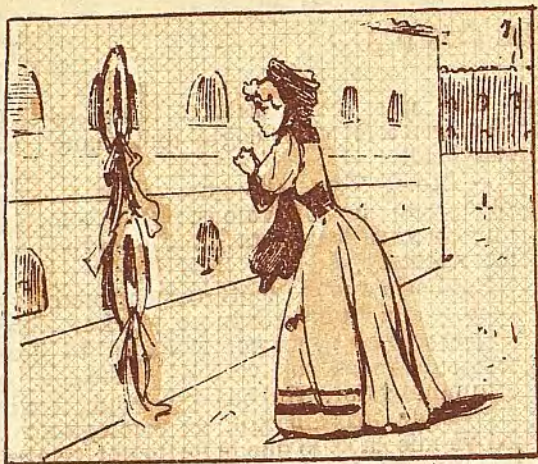
Luego, súbitamente, su cólera cesó. Su figura volvió á hacerse impasible, y me miró con un aire tan despreciativo, tan insolente, tan calmoso... ¡Oh! á fe mía, mi paciencia había llegado al colmo. Levanté la mano y ¡zás! le di la más soberana bofetada que he dado en mi vida. Al ruido la puerta se abre, y mis testigos se presentan sofocados, solemnes.

—Caballero... ¡es una indignidad!

—¿Verdad que sí?, decía el pobrecillo enseñando su mejilla enrojecida por el golpe.

Figúrate si estaría yo confundida. Afortunadamente, tomé el partido de desmayarme y de llorar á todo trapo, lo que me ha aliviado mucho... Y ahora Enrique está en mi cuarto. El me vela, me cuida y se muestra verdaderamente bueno para mí. ¡El pobre! ¿Qué hacer? Yo ya sé lo que me toca hacer, tía... El señor Petitbry es el que no va á quedar muy satisfecho....

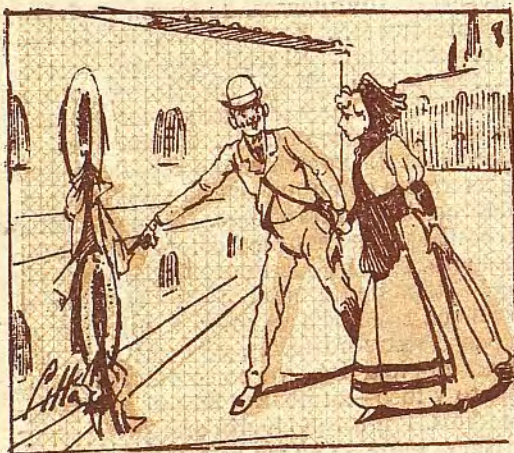
ALFONSO DAUDET.



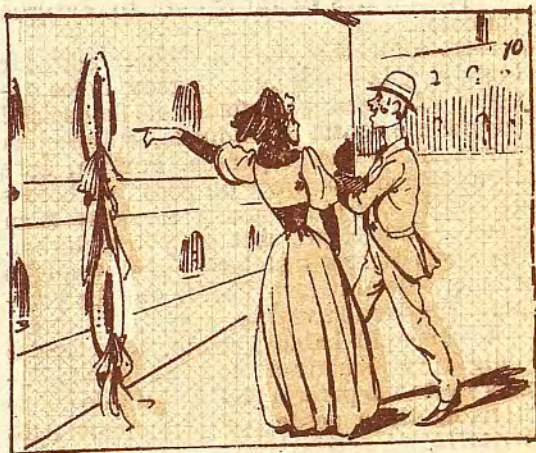
—«A mi Consuelo: Antonio.» ¡Digo! Pues el marido de esta se llamaba Antonio. ¡Como mi marido!



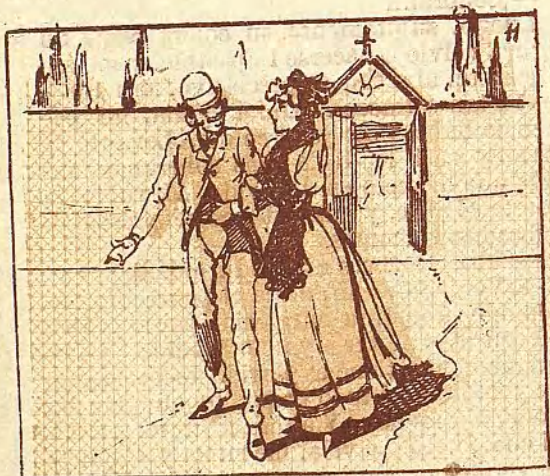
—¡Dorotea!
—¡Antonio! ¿Tú aquí?



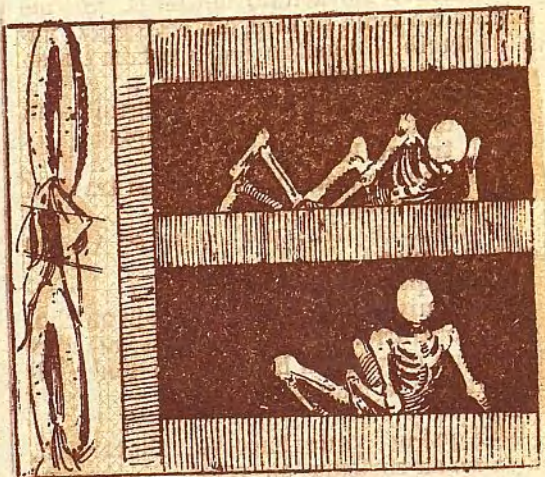
—Atiende: «A mi Consuelo: Antonio.» ¿Quién es esto Antonio?



—Mira: «A mi Francisco: Dorotea.» ¿Quién es esta Dorotea?



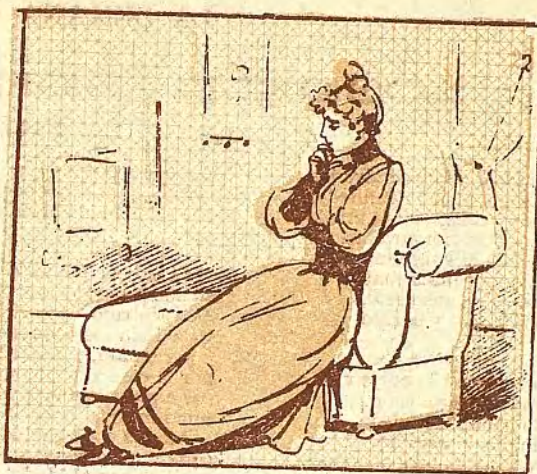
—¿Me juras que no eres tú?
—Sí: ¿y tú?
—También. Y yo, que había creído...
—Y yo, que había sospechado...



—¿Has visto, Paco, qué coronas nos han puesto esos?
—Cállate, Consuelo, que poco se imaginan ellos las que nosotros les pusimos en vida.



—Nada, que le llevo una corona a Consuelo, sin que mi costilla se entere. ¡Pobre chica! ¡Morirse cuando la quería tanto!



—Nada, que le he de llevar una corona a Paco, sin que se entere *aquel*. ¡Pobre! ¡morirse cuando pasábamos tan buenos ratos!...



—Sí, señor; isla 3.^a, número 4.101; un nicho que dice: «Consuelo Rodríguez.» Colóquela V... y ahí vá una pesetilla.



—Sí, señor; isla 3.^a, número 4.101. Cuélguela V. con cuidado... y ahí va una peseteja.



Pues señor, se conoce que la de arriba y el de abajo en quien se acuerde de ellos. Colguemos las coronas... y ñ echar un traje.



—«A mi inolvidable Francisco: Dorotea.» ¡Anda! La mujer de este se llamaba Dorotea. ¡Como la mía!

LOS DELITOS DE LOS JUECES

(IRONÍA)

Atended, gentes malvadas,
que asegurais con denuedo,
que hoy la justicia da miedo
á las personas honradas,
y quede el vulgo insensato
corrido de pensar mal
leyendo este caso real,
bueno, bonito y barato.

Dicen que á la corte vino
á ejercer su profesión,
cierto bachiller ladrón,
graduado de asesino.

Tras varias proposiciones
nuestro hombre firmó el contrato,
de hacer un asesinato,
en muy buenas condiciones.

E hizo el crimen; mas dió muerte,
no á la víctima indicada,
sino á otra, predestinada
ó por Dios, ó por su suerte.

Pero una vez descubierto
aquel deplorable error,
se arrojó el matador
junto á las plantas del muerto,

y dijo muy mesurado
y quitándose el sombrero:
—«Perdone V., caballero,
el que me haya equivocado.
Quizás con tal ocasión

me juzgue Dios delincuente,
pero hágale V. presente
que tuve buena intención.»

Ya sabéis que los curiales,
en sus procesos escritos,
dan probados los delitos
y en duda los criminales;

siguiendo, pues, tal costumbre,
por la causa mencionada,
fué aquel día encarcelada
una inmensa muchedumbre.

Atados codo con codo,
(que es gran honra y gran consuelo)
les llevaron al Modelo
á darles digno acomodo.

Allí se les preguntó
por su padre, por su abuela,
por toda su parentela
y por el rey que rabió

Dijeron cuanto sabían,
á qué hora se levantaban,
los trapitos que gastaban
y los lios que tenían.

Y la multitud inquieta,
escudada en su antifaz,
iba á contemplar la faz
del que estaba sin careta.

Este, perdió su destino;

aquel su novia perdió,
y el que algo cobró, cobró
ciertos humos de asesino.

Y al cabo de veinte meses
de vivir con criminales,
de rodar entre curiales,
y de sufrir mil reveses,
un Tribunal entendido,
fallando con gran conciencia,
no descubrió delincuencia
ni en un solo detenido.

Una vez que el Tribunal
deshizo tan grave horror,
le dijo el juez instructor
á un presunto criminal:

—«Hoy la justicia ha fallado
y yo su fallo venero:
perdone V., caballero,
el que me haya equivocado.

Y aun cuando en esta ocasión
se ve impune el delincuente,
quedó en cambio bien patente
que tuve buena intención.»

¡Y aún habrá gentes malvadas
que aseguren con denuedo,
que hoy la justicia da miedo
á las personas honradas!!

RAFAEL TORROMÉ.

EXPOSICIÓN

A los señores Reguera,
Navarro, Estrañi, Rodao,
Segura... y todo el que quiera
en asunto tan *chiflao*,
tocar un pito cualquiera.

Señores: Con su perdón,
hoy propongo una cuestión
á todo escritor viviente,
para que dé su opinión
en el asunto siguiente:

Para una mujer (no cito
si ha de ser bonita ó charra),
¿qué instrumento es más bonito?
el violín ó la guitarra,
la flauta, el violón ó el pito?

(Y que me perdonen todas
las de rostro encantador
y aire alegre y seductor,
pues si no hablo de las modas,
toco algo de *tocador*.)

Sé que la cuestión es charra:
pero opino, y no desbarro,
que Estrañi pronto se agarra
á la flamenca guitarra,
y al pito el señor Navarro.

Mi gusto tendrá el defecto
de no parecer correcto
porque ya es vulgar y llano;
pero yo juzgo de efecto

que una mujer toque el piano.

Será vulgar, lo que quiera,
sí señor, y hasta sencillo;
pero una mujer cualquiera
si le toca, es hechicera
como un ángel de Murillo.

¡Ver su gallarda figura,
contemplar la palidez
de su frente de escultura!...

¡Ver sus ojos de negrura
que miran con languidez!

Tendido á la espalda el pelo
que cae, dándole belleza;
en la sonrisa, tristeza...

¡Con la mirada en el cielo
como buscando grandeza!

Y después de la sonrisa
que nace del embeleso,
dejarla tocar aprisa...

¡Su ritmo será de brisa,
cada nota será un beso!...

Y por horrible que sea
la mujer, y se halle sin
la gracia que nos recrea,

se transformará, de fea,
en hermoso querubín.

No cabe duda: repito
que cualquier hombre desbarra
si dice que es más bonito
el violín ó la guitarra,
la flauta, el violón ó el pito.

Y si algún guasón me irrita
y con su estilo me cita
que en lugar de lo que opino

una Eva es más bonita
cuando toca el bombardino,
le diré sin dilación,

demostrándole mi encono,
que está *tocando el violón*,
y que es aquí su opinión
una *salida de tono*.

Conque se deja pendiente
de resolver este punto
hasta el número siguiente,
¡y todo escritor viviente
puede tocar el asunto!...

R. SANCHEZ DÍAZ.

ARTE POÉTICA

Dejando el fondo divino
y las muchas sutilezas
que, para encanto del alma,
el *Arte de Apolo* ostenta,
probar quiero á mis lectores
que encierra su forma métrica
muchos parecidos con
seres que en el mundo alientan.

Es la viuda una *elegía*,
un *romance* la coqueta,
redondilla la jamona,
y *letrilla* la soltera;
oda el artista sublime
que al infinito se eleva;
sátira el pedante indocto,
polilla de obras ajenas;
terceto de arte mayor
quien á un marido trastea;
villancico todo neo,
y toda benta *endecha*.

Loa quien de adular vive;
quien muere de amores *égloga*;
silva y *glosa* el estudiante,
verso libre, el calavera;
copla toda Maritornes,
estribillo toda suegra,
jácara el perdonavidas,
todo mártir, un *poema*;
octavas reales son
los que el dinero manejan,
idilio el hombre feliz,
y *anagrama* quien recela.

Es *epigrama* el chismoso,
madrigal todo poeta,
y el jorobado, *soneto*
con el *estrabote* á cuestas.

Matrimonios que en paz viven
por *consonantes* se tengan,
y por *asonantes*, todos
los que de su cruz reniegan.

Cuando amor á dos atrae,
se comete *sinalefa*;
las dos *vocales* se unen
y á veces un beso suena.

Son *consonantes esdrújulos*
los ádustos y bábiecas,
y *consonantes reflejos*
los que se comen la *breve*.

Con esta amalgama, en fin,
de nombres frases y letras,
suele el tiempo *componer*,
siguiendo el *Arte poética*,
sainetes para reir,
comedias para experiencia,
y para el fastidio humano
tragedias y más *tragedias*.

José M.^a CODOLOSA.

CHIRIGOTAS

Al entrar en máquina la forma del número pasado, se cayeron unas cuantas líneas; y entre ellas, la que servía de firma á la composición *Café flamenco*, publicada en dicho número.

Y por aquello de que la propiedad es sagrada; por aquello de que debe darse á Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar, y, sobre todo, porque así es de justicia, yo, el responsable de la omisión, me creo en el deber de encaramarme á lo alto de estas columnas para rogar pública y solemnemente á don ANTONIO MONTALBÁN, autor de la composición citada, que me perdone.

¡Lo pido vertiendo lágrimas de arrepentimiento!

Y dicho lo que digo,
suspiro, aliento, me sereno y sigo.



¡Por vida del dinero!

Han aparecido otra vez los billetes de Banco de cincuenta pesetas, que los falsificadores pusieron en circulación hace algún tiempo.

Pero los periódicos, para tranquilizar á las personas que aun tengan billetes, dicen que los falsos llevan la cinta sobrepuesta, en vez de llevarla intercalada en el texto: digo, en el papel.

Ya pueden respirar tranquilas las personas pudientes.

Pues ya saben que es distinta la cinta, de que se hablaba.

¡Pero, hombre, y yo que ignoraba hasta que tuvieran cinta!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. V.—Madrid.—No, señor, no son publicables.

FRAY MANENE.—Lo dejaremos para el primer «número doble» que publiquemos. Porque Vd. me concederá que ciento noventa y cuatro versos dedicados á quejarse de los desdenes de la mujer amada, ¡no caben más que en un número extraordinario!

VARGAS.—Venga la firma.

C. P.—Barcelona.—Es poco asunto para tanta charla.

¡Por eso no me es dable publicarla!

ER PARMITAS.—¿Retratos de toreros, eh? Uno publiqué hace cinco años... y ese remordimiento bajará conmigo á la tumba fría.

P. P.—Barcelona.—Como me conduciría á ella irremisiblemente, el publicar «sonetos» de ocho versos. ¿O es que no cree Vd. en las iras de las muchedumbres?

K. RETO.—¡Anda! ¡pues si hubiera Vd. visto qué gracia hacían esas cosas allá por los años de Calomardel...

CHAS-KAS.—Bien versificada, señor de «Chas-Kas»

bien versificada... pero nada más.

C. M.—Madrid.—Bueno; pero es el caso que desde niño me enseñaron á creer que «agallas» y «vaya» no son consonantes. ¡Y Vd. no sabe cuánto cuesta desarraigar las creencias adquiridas durante la niñez!

S. D.—Sevilla.—¡Lástima de final! Si pudiéramos Vd. corregirlo y mandarlo firmado...

S. M.—Madrid.—«...que mi desgracia mayor,

es la de haberte conocido.»

No lo crea Vd., joven. La desgracia mayor de Vd. es la de no saber medir los versos como Dios manda.

PULGUITA.—San Sebastián.—Se publicará. ¡Hombre, y si me supiera Vd. de un buen corresponsal por ahí!...

No puedo precisar, porque la falta de espacio, de humor... y de costumbre me lo impiden, por qué razones no son publicables las composiciones ó dibujos con cuya remisión nos han honrado los señores: A. P., UN TRANQUIL, R. T., ELENA MORADO y A. S. (Barcelona).—R. N. (Madrid).—A. S. y F. M. (Santander).—C. D. (Jijón).—MANOLÍN y PANZA (Sancho.)

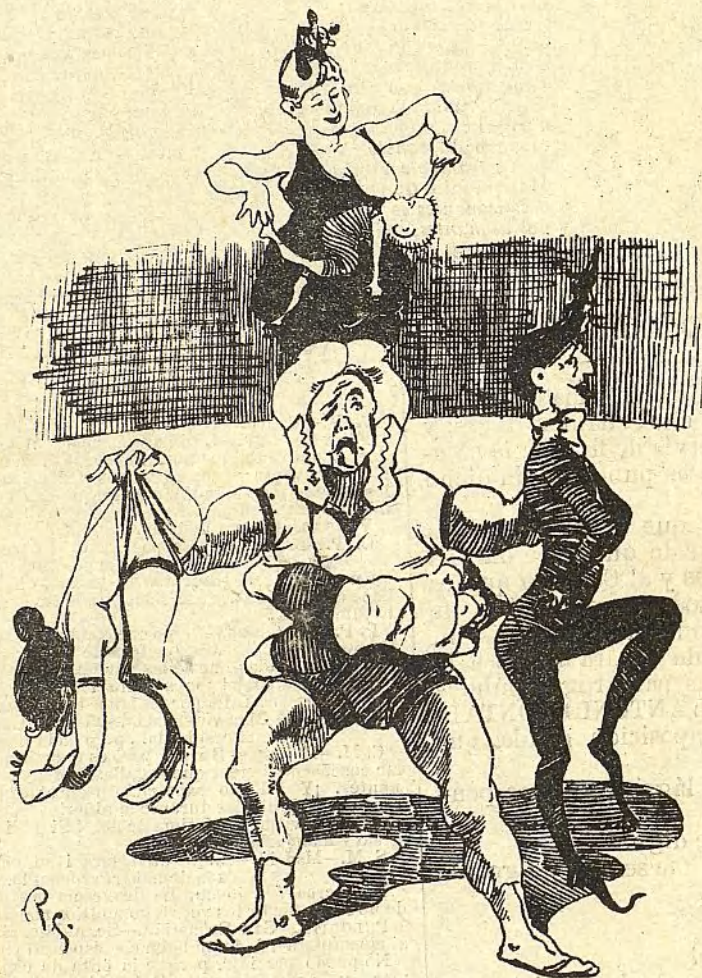
FOTOGRAFÍAS INTERESANTES

Catálogo, 50 cts. en sellos de correo.

The Publishing Office. — Amsterdam

J. Solé Piqué, impresor, Ronda Universidad, 9

EN EL CIRCO, por Cuchy



Un hombre que es el sostén de su familia....

LA SEMANA CÓMICA

VERTALLANS 3 PRAL

Barcelona

Ayuntamiento de Madrid